





# HACIA AGUAS SALVAJES

No me hacen falta excusas para emprender un largo viaje, si acaso buenas razones. Y una expedición con packraft en Patagonia es razón suficientemente buena, aunque para ello tenga que cruzar medio mundo. Literal. Medio mundo desde mi casa en Cabo Norte hasta el sur de Chile.

Por José Mijares. Fotos: José Mijares/Pablo Besser



**V**olví a Aysen. Al Campo de Hielo Norte para más señas. Pero esta vez nada de esquíes y pulka; en esta ocasión quería navegar y caminar, alejarme del monótono blanco que durante tantos años me lleva acompañando. Era el viaje, más que el destino, lo que me empujaba otra vez. Desde que tengo packraft sólo veo la sangre azul que bombea el corazón de los mapas. Ríos y lagos por todas partes. No veo otra cosa. Pero esta vez quería salir de Laponia, hacer una travesía larga en un lugar salvaje, salvaje de verdad, explorar, sentirme vivo y entender, si puedo, qué me gobierna. Lo que un cursi con pedigrí llamaría “salir de tu zona de confort”.

Mi historia con el Campo de Hielo Norte viene de lejos. Hace años bajé por la Carretera Austral en bicicleta. Una bellísima ruta que de manera amable serpentea rumbo sur en Chile junto a ríos, lagos, glaciares y montañas que nacen o viven en el hielo patagónico. Mas tarde regresé varias veces pero con intención de cruzar por el hielo. Fueron dos travesías este-oeste y una más norte-sur, 80 días viviendo en el hielo patagónico con su espeluznante clima. Este viaje de packraft iba a ser la continuación de un sueño. Mirando mapas de la zona es imposible no extasiarse con esa región. Además, aún tenía ganas de meterme en sus fiordos, lagunas glaciares e impenetrables bosques que estaban pidiendo un viaje a gritos.

Las fotos de una pareja de polacos, viajeros asiduos de la zona, daban algo de luz al plan que nos traíamos entre manos Pablo Besser y yo. Pero los polacos nos negaron cualquier dato, ni agua nos dieron; ni una gota de información que hubiéramos agradecido mucho antes de salir. Pablo apenas había probado el packraft, pero en cuanto le expliqué el plan se apuntó de inmediato. A Pablo le conozco desde hace años; juntos cruzamos el campo de hielo norte con la intención de subir el San Valentín, que no se dejó aquella vez. Pablo es un tipo meticuloso y solvente, qué más se puede pedir para un viaje tan incierto...

## Un viaje con lo imprescindible

Para este tipo de viajes hay que revisar y actualizar todos los conceptos y materiales porque lo que en otras travesías es imprescindible aquí debes dejarlo en casa. Viajaríamos en plan ultralight, es decir, cargados como bestias con un montón de cosas que pesan poco. Prescindimos del confort de una buena tienda, del bendito quemador de gasolina, de un saco en condiciones, etc. La lista de cosas que dejas es más larga que la que llevas, pero lo que llevas es imprescindible. El cálculo o error corre a tu cuenta, así que mejor no equivocarse.

El plan de viaje era “sencillo”: recorrer longitudinalmente el Campo de Hielo Norte por la costa occidental, la que da al Pacífico, en autonomía total, uniendo a pie y en packraft ríos con bosques, lagunas glaciares y fiordos. Una travesía inédita por la longitud de la misma, pero no inexplorada. No seríamos los primeros en remar ciertos lagos y ríos, pero casi. 29 días del mes de octubre nos ha costado recorrer los “teóricos” 160 km de GPS, porque en realidad han sido más del doble con los porteos, vueltas y revueltas, desde el Río Exploradores, en la cabecera norte del CHN, hasta la deshabitada bahía Puerto Merino Jarpa en el Canal Martínez.

Pero empezamos por el principio. En el aeropuerto de Coyhaique nos esperaba Pascual, quién nos condujo hasta el último metro del actual camino en Valle Exploradores, un lugar llamado La Teresa, donde acaba por ahora esa ruta de entrada desde la Carretera Austral. Un puente en obras sobre el Río Exploradores era el lugar de inicio; allí inflamos nuestros packrafts y comenzamos descendiendo el río Exploradores. Una decena de kilómetros antes de llegar al mar doblamos rumbo sur para remontar el río Sur. Bajar ríos es lo que

dicta la lógica, pero doblando rumbo sur y alejándonos del océano empezábamos nuestro pequeño calvario de remontada del río. Con el packraft hasta las trancas, y casi 50 kilos de equipo por persona, pudimos ir remando poco a poco río arriba, y a pesar de la corriente negativa íbamos ganando metros al río. Remontar los 13 kilómetros de ese río nos llevó 4 días de durísimo trabajo. El paisaje era brutal, por supuesto, pero lo de ir con el agua hasta los muslos tirando del packraft como si fuera una pulka, divertido, lo que se dice divertido, no era... Caminar contra la corriente me parecía tan duro como abrir pesada huella. Con todas esas piedras tan resbaladizas del fondo y la corriente, caminaba a trompicones, siempre apunto de resbalar. La corriente iba cediendo y allí comenzamos a navegar una de las muchas lagunas que encontramos. Orillas abigarradas de impenetrable bosque y altas colinas nevadas sin más presencia humana que la nuestra le dan al lugar un aura de tierra primitiva e inhóspita. De esa laguna salimos en busca de otra mayor, la Reitcher, pero antes de poner pie en ella nos esperaba un bosque cerradísimo. De árbol a árbol no hay distancia ni para estirar los brazos.

## *Ríos, lagunas con icebergs, mar Elefantes y focas leopardo*

Hace años el glaciar cortaba en dos la laguna, aunque hoy, bastante retirado, sigue allí pero cae a la laguna sin cortarla, y tan sólo los icebergs a merced del viento dificultan a veces el paso. Íbamos tan cargados que no había manera de ir de una vez con todo el material, no había más remedio que portear. Así pues, desde nuestro campamento lo primero que tocaba hacer era volver a ese bosque lleno de plantas que pinchan como puyas para recuperar nuestro petate y desandar el camino hasta el campamento. Navegar la laguna Reitcher de 8 kilómetros me pareció medio océano. Pero el paisaje... ¡Dios, qué paisajes! El glaciar cayendo al lago y las vistas de las montañas te dejaban sin aliento.

Los termómetros bajaban algunos grados por debajo de cero en noches despejadas, entonces yo salía buscando la Cruz del Sur que echaba de menos. Allí arriba la encontraba tiritando junto a otras que me traen tan buenos recuerdos.

Amanecía helador y hermoso, Delibes decía que uno se siente estrenar el mundo.

Salir de la guarida, gozar del lugar, los paisajes, del ambiente de esa Patagonia remota y salvaje. A eso habíamos ido.

Hay tantos nombres de lagunas y ríos, tantas que navegamos, tantas cumbres montañosas al alcance de la mano que prefiero ahorrar al

lector la retahíla de nombres y decir mejor que después de todo lo que llevábamos de ríos contra corriente, lagunas con icebergs y descensos en ríos cargados de agua llegamos hasta un mar calmadísimo, al estero Elefantes, quizás hubo elefantes marinos alguna vez, y de ahí le viene el nombre. Un vaso tendría más olas que el brazo de mar por el que avanzábamos con el único ruido de los chof chof de los remos.

Un nuevo compañero de viaje empezó a asomar la cabeza por aquí y por allá, las curiosas focas sacaban su cabeza para vernos bien, pasaban a nuestro lado, no era difícil fotografiarlas y verlas nadar tan gráciles bajo el agua. Sol y calma chicha, ¿qué más se puede pedir?. Como conocemos bien Patagonia y sabemos lo poco frecuentes que son esos días, simplemente nos dejamos acariciar por el sol y nos dedicamos a remar en ese plato de agua.

Para pasar del estero Elefante a la Laguna San Rafael hay que hacerlo por un estrecho de 6 kilómetros conocido como el río Témpanos. El lugar es curioso; para entrar en la laguna hay que hacerlo dejándose llevar por la corriente de la marea alta y esperar a la marea baja para salir porque intentar remar contracorriente es inútil.

No sabíamos a qué hora subía la marea y tampoco sabíamos cuántas horas nos costaría llegar desde el campamento hasta el río Témpanos. La casualidad quiso que llegáramos al estrecho cuando la marea alta empujaba cientos de bloques de hielo y a nosotros, que sin pegar un palo al agua entrábamos a 3 nudos hacia la laguna San Rafael.

Otro día de sol y sombrero de lona. Hacia calor aunque el agua estaba, nunca mejor dicho, como un témpano. Dentro del traje estanco era una sauna. La vista de la laguna, fantástica, y aunque nosotros ya habíamos recorrido en barco esa laguna varias veces, a la salida o entrada de una nueva expedición al CHN, la cosa cambia mucho cuando vas remando en un packraft entre afiladas piedras de hielo.



# —HACIA— AGUAS SALVAJES

José Mijares y  
Pablo Besser, los  
protagonistas de  
esta aventura con  
packraft por la  
Patagonia



◀ 29 días costó recorrer los “teóricos” 160 km de GPS, porque en realidad fueron más del doble con los porteos, vueltas y revueltas, desde el Río Exploradores hasta la deshabitada bahía Puerto Merino Jarpa en el Canal Martínez.



Las voraces focas >  
leopardo digamos que  
dieron "ambiente" a la  
expedición, nuestros  
amigos tuvieron que  
ingeniárselas ¡para no  
acabar en sus fauces!

Uno se siente pequeño  
ante la inmensidad de  
los escenarios naturales  
de Patagonia, dejan sin  
aliento.



< Diferentes  
momentos  
de la travesía  
con packraft  
entre  
icebergs,  
bosques,  
lagos...

Íbamos todo panchos, rodeados por bloques de hielo de todos los tamaños de intenso azul, gozando a tope. En pleno éxtasis, cuando de repente veo a Pablo remando a toda leche hacia la orilla y haciéndome gestos nerviosos, Minutos antes de eso yo había visto una foca enorme pasando por debajo del packraft y como jugueteando entre Pablo y yo. Me pareció bastante grande, la verdad, pero no le di mas vueltas. Una de las veces me toco el fondo del packraft con la cabeza y pensé: “mira qué divertida y juguetona”. Lo que yo creí era una foca de tamaño quizás un tanto desproporcionado era en realidad la famosa “foca leopardo” que vive en la laguna San Rafael. Agresivas y solitarias se comen por norma todo lo que les cabe en la boca y puedo asegurar que en la boca de ese bicho que llegan a medir 4 metros y pesar 600 kilos yo cabía enterito.

Cuando llegué a la orilla Pablo estaba alucinado de mi calma, en realidad no era calma sino ignorancia. ¿Qué coño hace una foca leopardo a miles de kilómetros de su hábitat natural?, esa es otra cuestión. Pero después averiguamos que allí, en la laguna San Rafael, hay seis ejemplares, así que si vais en packraft acordaros de este relato. Pablo se quedó tan obsesionado con la visión de la “foca leopardo” que incluso en mitad de la noche me convenció para salir y que alumbráramos la orilla. Se había empeñado en que andaba por allí, esperándonos. En la oscuridad de la noche se oían lejanos gritos, parecían marineros que estuvieran muy lejos, de fiesta. Pero sabíamos que allí no había nadie. Al parecer, esos sonidos los hacían los leones y lobos marinos, que por allí también pasean. Cierto o no, por si acaso, y durante el resto del cruce de la laguna Pablo navegó bien pegadito a la orilla, jajaaja. ¡Creí que iba a joder el remo con el fondo!

Pablo elaboró la teoría de que yo tengo más permisividad con los animales salvajes, pero yo también iba mirando todo el rato al agua porque si a esa foca le da por morder el packraft a ver a qué sabe, a lo mejor no estamos aquí.

## Una utopía más bien

Para saltar de la laguna San Rafael a mar abierto, al Golfo de Penas había que caminar por el istmo de Ofqui. Hace casi cien años, hubo un plan, una utopía más bien. Querían era unir las mansas aguas de la laguna San Rafael con el Golfo de Penas, para lo cual pretendieron abrir un canal de 3 kilómetros hasta el río Negro. Ni que decir tiene que ese canal nunca llegó a realizarse y que la locura se abandonó después de un inmenso y absurdo sacrificio. Los restos de esa obra imposible nos facilitaban ahora saltar de mar a mar a través de un camino sencillo. Esperábamos encontrar máquinas antiguas, raíles oxidados o basura centenaria, pero el lugar está limpiamente abandonado y sólo unas ranitas endémicas viven a sus anchas.

Hasta el istmo de Ofqui el viaje tiene escapatorias nobles. A la laguna llega diariamente en verano un catamarán turístico. Pero del istmo en adelante la cosa cambia de manera radical, si algo pasa más vale que te las arregles por tu cuenta, porque aunque vayas cerca del mar o navegando en él, cualquier operación de rescate a través de esos fiordos implica que la embarcación que pudiera ir a buscarte tiene que vérselas con el Golfo de Penas, y eso son palabras mayores. Por eso del istmo en adelante el viaje se volvía más comprometido. Pero también más inexplorado, mas recóndito.



Una vez cruzado a pie el istmo y navegado el río Negro, que nos brindó unas vistas del inexplorado cordón Aysen impagables, aparecimos como náufragos en una solitaria playa de arena blanca y aguas verdes de casi 30 kilómetros de longitud.

De un lado agua caribeña, donde vimos ballenas a menos de cien metros de la orilla, y del otro el inmenso glaciar San Quintín. Nosotros caminamos porteando tres veces esa inmensa playa que parecía discurrir sobre el filo de un mundo imposible. No sólo vimos ballenas, colibríes, pingüinos, gaviotas cahuil, cormoranes imperiales o caranchos.

Allí sentimos la vida latiendo, abriéndose paso con fuerza ajena al resto del mundo. Los días en la playa fueron inolvidables. Si hay un lugar donde me sienta completo, en total armonía con el entorno, es rodeado de naturaleza salvaje. Esa playa de fin del mundo es una reserva de vida. Al final de la playa, un lugar llamado Bahía Kelly era también el ecuador de nuestro viaje, ya habíamos gastado 15 días. En Kelly, con otro de esos raros días de sol, teníamos a vista el Cerro Arenales con sus 3.800 m. Ni a 20 kilómetros de distancia. Era un sueño.

Hinchamos los packrafts y nos echamos a la mar para cruzar la caleta sin dejar de admirar las vistas de la cordillera. Una pareja de pingüinos nadaba junto a nosotros.

Al final de la bahía encontramos el río que buscábamos y comenzamos a remontarlo en un paisaje de rocas imposibles. Recordaban a esa bahía tan famosa de Vietnam y que tantos años atrás había navegado. A veces Pablo y yo nos mirábamos con gesto de sorpresa: ¿era posible navegar por lugares tan bonitos?

## Lo malo está por llegar

Dice Cervantes en El Quijote que cuando tanto bueno se vive, lo malo está por llegar, y no le falta razón al Fénix de los Ingenios. De allí en adelante esos ríos acababan en impenetrables bosques donde la lluvia empezó a ser compañera habitual de viaje. El sombrero de lona y las gafas de sol se perdieron en el fondo de la mochila sin fecha de vuelta. Bosques centenarios donde ni siquiera pisas firme, eran ahora el paisaje dominante. Caminar por un entramado de árboles y ramas podridas que rompen o crujen a tu paso y donde estás más cerca de romperte una pierna, un brazo o la crisma que otra cosa, era nuestra rutina. Avanzar 300 metros de GPS pueden llevarte 60 minutos, y cuando

Navegado el río Negro, que nos brindó unas vistas impagables del inexplorado cordón Aysen impagables, aparecimos como náufragos en una solitaria playa de arena blanca y aguas verdes.



dejas la mochila apoyada de mala manera te dan hasta mareos de pensar en lo queda. Los bosques también eran cuesta arriba y cuesta abajo, entonces te dejabas caer de culo hasta el siguiente tronco o rama, esperando no romperte nada en el camino. Subir no era más sencillo, ya no teníamos que portear, eso era la buena noticia, podíamos llevar todo con nosotros, pero eso eran más de 25 kilos sobre los hombros y trepar con semejante carga y volumen era insostenible. Mirábamos el mapa cada noche y ya no nos hacíamos ilusiones de avanzar más de 5 kilómetros al día. Si veíamos en el mapa una mancha de bosque en el camino entre lagos, nos dábamos por jodidos. El plan original era ir al lago Alejandro, explorarlo y encontrar paso a través del glaciar Steffen, ese era el plan original. Pero cuando asomamos la jeta en el valle y vimos los bosques apretados perderse muy a lo lejos en el paisaje vertical, pensamos que no había nada que rascar y también: ¿cómo gaitas íbamos a llegar al canal Martínez? El mapa no dejaba lugar a dudas, hay un camino, ¡sí!, nada menos que navegando todo el fiordo Pulpo. La vuelta era tremenda y los días que quedaban de comida daban así, así como para llegar justitos; si encontrábamos mala mar íbamos a meternos en líos. Hay tres pasos de fiordo, uno de ellos de 5 kilómetros de ancho, mucha mar para un packraft. Si conseguíamos cruzar esos anchos pasos todavía quedaba cruzar algunos bosques, remontar varios ríos y navegar algunos lagos hasta el canal Martínez.



Pero lo conseguimos. Logramos cruzar esos anchos brazos de fiordo sin caernos, sin perder los nervios cuando en mitad de los cruces, vientos violentos nos zarandeaban como barcos de papel. Los bosques más espesos de toda la travesía y que he visto en toda mi vida estaban allí. Avanzar penosamente por ríos infectados de árboles caídos no era más fácil. Los últimos días todo estaba mojado, la ropa, el saco, la tienda y la moral. Muy mojado. El día 29 de travesía plantamos la tienda por última vez a orillas del canal Martínez, en la deshabitada bahía Puerto Merino Jarpa, y respiramos tranquilos. Muy hondo, muy quedo, muy satisfechos. Si el viaje, la travesía, la expedición, como cada uno lo quiera llamar, era un problema por resolver, la ecuación quedaba despejada. Algunos días no dimos un duro por nosotros. La diferencia entre conseguir o no el objetivo a veces es una línea muy, muy delgada, tan delgada como el plástico con el que se hacen los packrafts. ☒